

JANE RENDELL

Mujeres en la arquitectura

JANE RENDELL es arquitecta, historiadora de la arquitectura y profesora de la Bartlett School of Architecture, UCL.

¿Cual es el rol de la mujer arquitecto? La autora escribe sobre las relaciones que se pueden establecer entre las cuestiones de género y la construcción de los espacios.

A la luz de los enormes y rápidos cambios producidos en los debates teóricos, históricos y críticos, especialmente en lo relativo al feminismo, la concepción de la arquitectura en relación con el género exige urgentemente una contextualización. Durante los últimos cinco años, más o menos, se ha dado un gran cambio en las ideas relativas al género, al feminismo y a la arquitectura, y situar las discusiones actuales dentro de una historia intelectual se ha convertido en algo vital, pues puede traer como consecuencia un aumento de conocimientos acerca de la base y desarrollo de esas ideas contemporáneas.

La exclusión de las mujeres de los estudios y de la práctica de la arquitectura constituye no sólo un problema histórico, sino también crítico respecto al papel de las arquitectas que ejercen hoy en día. Por ejemplo, en el Reino Unido, a pesar de que muchas mujeres emprenden estudios de arquitectura, un 27% de los estudiantes de arquitectura son mujeres, y tan sólo un 9% de las estudiantes termina sus estudios y ejercen como arquitectas. En esta profesión, aunque ha habido un aumento en el número de mujeres registradas como arquitectas —de un 5% en 1975 a un 11% en 1997—, la cifra muestra que sólo uno de cada diez arquitectos en ejercicio es mujer.

Uno de los aspectos más importantes en que se hace hincapié en relación con el papel de las mujeres como arquitectas ha sido el carácter diferente de la práctica de las arquitectas. Muchas de ellas han decidido, y siguen decidiendo, seguir siendo invisibles, trabajar como "arquitectos" y no acentuar demasiado su carácter de mujeres. Estas mujeres han trabajado como profesionales destacadas, como arquitectas autónomas o como arquitectas-jefe de sus propios estudios. Históricamente, tenemos los ejemplos de Eileen Gray, Lilly Reich, Truus Schröder, Charlotte Perriand y, más recientemente, de Zaha Hadid, Itsuko Hasegawa, Eva Jiricna, Judith Scheine y Margaret Duinker. También los arquitectos clave han sido mujeres en estudios como Architectonica, D/PZ, Future Systems, König Eizenberg y Werkfabrik.

Adoptar el papel de arquitecta en un estudio montado por un arquitecto y una arquitecta ha sido durante mucho tiempo la forma de práctica de la arquitectura elegida por las mujeres, y los ejemplos son numerosos: Jane Drew y Maxwell Fry, Alison y Peter Smithson, Charles y Ray Eames, Diane Agrest y Mario Gandelsonas, Patti y Michael Hopkins, Elizabeth Diller y Ricardo Scofidio. Ese modelo ha proporcionado a muchas mujeres una práctica estable y a menudo no exenta de publicidad. Se puede argumentar que el asociado masculino facilita el acceso a una élite profesional compuesta de hombres y proporciona la continuidad necesaria para seguir ejerciendo mientras cría a sus hijos. Pero, a menudo, trabajar junto a un hombre puede resultar perjudicial. Al tratar de delimitar cuál es la contribución de él y de ella en el resultado arquitectónico, muchos dan por supuesto que el papel de la mujer estará ligado a los interiores y a los aspectos decorativos del diseño o a la ejecución de proyectos diseñados por su colega masculino, sea como delineante o como administradora. Esto suscita la importante cuestión de la autoría, considerada problemática por muchas feministas que prefieren recalcar el aspecto colaborativo del diseño arquitectónico.

Denise Scott Brown ha hablado abiertamente del sexismo del que ha sido objeto como socio femenino del prominente arquitecto Robert Venturi, así como de la forma en que críticos y periodistas dan por supuesto que su papel en la creación de ideas y proyectos de diseño era mínimo. Se tendía a excluirla como autora en las representaciones de su práctica arquitectónica en común: diseño y escritura. La experiencia de Scott Brown suscita la cuestión de la diseminación de la arquitectura. Los críticos feministas, al promocionar el trabajo de las mujeres y suscitando las cuestiones de género y sexismo en el diseño arquitectónico, han desempeñado un papel importante. Hay una fuerte tradición histórica de mujeres críticas de arquitectura, tales como Ada Louise Huxtable y Jane Jacobs, que comentan los problemas del diseño urbano y arquitectónico, y también mujeres como Margaret Schütte-Lihotzky y Charlotte Gilman Perkins, involucradas en la promoción de reformas de diseño que benefician a las mujeres como usuarias.

Al tratar del feminismo, muchas arquitectas han seguido principios de "igualdad", y han pretendido aumentar su contratación y ascender en su posición dentro de las filas de la profesión de arquitectos en su estado actual; otras, en cambio, prefieren principios de «diferencia», y redefinen el ejercicio del diseño arquitectónico en modos que difieren radicalmente de los modelos existentes. También ha habido diferentes enfoques en cuanto a las formas en que la diferencia de género influye en el ejercicio de la arquitectura. El enfoque más radical ha consistido en sugerir que, puesto que las mujeres son diferentes a los hombres, establecen diferentes prioridades a la hora de organizar y diseñar la producción arquitectónica. La manifestación más evidente de la diferencia entre sexos en el ejercicio

de la arquitectura se ha relacionado tradicionalmente con la diferencia biológica. Varias diseñadoras feministas han tomado como fuente de inspiración arquitectónica el cuerpo femenino, diseñando formas curvilíneas o que recuerdan al útero en lugar de torres fálicas: espacios centrados en el concepto de recinto (refugios y prisiones), y que exploran la relación entre interior y exterior (aberturas, huecos y resquicios). Pero si consideramos la diferencia desde una perspectiva social, se ha argumentado que la socialización de las mujeres promueve un sistema de valores diferente, que hace hincapié en ciertas cualidades, tales como trabajar de manera asociada, no-discriminación, una ética hecha de atención, vida cotidiana, subjetividad, sentimientos, complejidad y flexibilidad, lo que sugiere un enfoque diferente del diseño. Las analogías existentes entre las matrices sociales de relaciones interconectadas y la espacialidad fluida del cuerpo femenino plantean la cuestión de la representación del espacio social y del lenguaje de la arquitectura.

Obras feministas recientes, inspiradas en el post-estructuralismo, el psicoanálisis y la teoría del género, han criticado a la arquitectura por ser una forma de representación ligada al género que se compone de imágenes y textos, además de edificios. Pensar en la arquitectura como un texto cambia la definición de la práctica arquitectónica y desplaza el lugar de la teoría desde el interior de la arquitectura, como descripción del diseño arquitectónico y modo de dictar la práctica, a un discurso fuera de la arquitectura, abriendo posibilidades para efectuar enfoques diferentes respecto al ejercicio feminista de la arquitectura.

Tal como han mostrado los historiadores, las representaciones de la arquitectura —dibujos, planos, secciones y fotografías— están ligadas al género. En la arquitectura clásica, el lenguaje utilizado para describir la forma arquitectónica está ligado al género: el dórico es masculino y el jónico y el corintio son femeninos. Para los arquitectos del Renacimiento, el cuerpo masculino se utilizaba para representar la serie de proporciones a utilizar en la geometría arquitectónica. A la arquitectura que contiene cualidades no deseables, tales como la debilidad, se la ha definido tradicionalmente como femenina, mientras que el término masculino se aplica a edificios que se consideran más acertados. Los lugares en los que actualmente se imparte la educación y el discurso de la arquitectura, la oficina, los media, la institución y la profesión, tienden a considerar la figura del "arquitecto" y de la arquitectura como algo neutro respecto al género. Pero es vital que reconozcamos a la arquitectura como una construcción ligada al género, a fin de criticar mejor los prejuicios heterosexuales y patriarcales de la práctica arquitectónica actual.

Jennifer Bloomer, arquitecta y crítica americana, es conocida por abordar estas cuestiones de género, representación y arquitectura. La arquitectura de Bloomer es su texto, y su obra pone en funcionamiento los elementos

irracional y subversivo de los textos escritos: lo femenino. Al establecer paralelismos entre la creación de un edificio, que se supone que es un acto limpio de control y precisión, y el desorden que acompaña a un parto, Bloomer cuestiona el género de la creatividad. Mediante sus dibujos obscenos y la incorporación de partes de la anatomía femenina —pechos, leche, fluidos, sangre, incubación, ubres— a la arquitectura, Bloomer genera una crítica de la esterilidad del proceso del dibujo arquitectónico. Lo femenino se encuentra en el presunto deslizamiento de las palabras en la obra de Bloomer: por ejemplo, las palabras "grandes jarras", que en inglés sugiere la idea de grandes pechos, parecen estar fuera de lugar en un contexto arquitectónico, pero Bloomer indica también que las jarras se utilizan como contenedores, lo que es comparable al papel del cuerpo femenino como significante vacío en las ideologías patriarcales.

Apoyarse en inquietudes teóricas para examinar el componente de género del lenguaje arquitectónico es más difícil de lograr en proyectos de diseño arquitectónico más evidentes, como la obra construida. A pesar de que, de acuerdo con geógrafas feministas como Doreen Massay y Gillian Rose, podemos argumentar de manera convincente que los espacios pueden adquirir cualidades de género mediante el uso, este punto de vista es más difícil de demostrar en relación a la intención del diseño. En arquitectura, la relación entre intención y recepción resulta especialmente compleja. ¿Puede la arquitectura como edificio, en lugar de como texto o imágenes, comunicar un sentido? Y en caso afirmativo, ¿en qué medida se complica la cuestión de la estética por problemas de uso o función? Las cuestiones relativas al componente de género de la arquitectura como sistema significativo se han articulado plenamente por parte de las feministas americanas, inspirándose más recientemente en la tradición feminista francesa de Luce Irigaray, Julia Kristeva y Helen Cixous. La trayectoria del feminismo y la arquitectura en el Reino Unido ha tomado un enfoque algo diferente, más alineado con una política más abiertamente marxista o socialista.

Las feministas socialistas y marxistas se han involucrado en la crítica del entorno "hecho por el hombre" y en el impulso a diferentes tipos de diseño arquitectónico, al menos desde finales de los años 70. Las feministas que trabajaban en la planificación y arquitectura, tanto en Estados Unidos como en Europa, se preocupaban sobre todo por los modos en que las diferencias de género influían en la producción y uso del entorno construido, centrándose en la predominancia de los hombres como productores de un entorno hecho por el hombre y en las experiencias de las mujeres como usuarias de tales espacios. La obra de Dolores Hayden, planificadora e historiadora feminista americana, apuntaba a cómo ciertos rasgos del entorno creado por hombres eran discriminatorios para la mujer, entre otros las calles inhóspitas, el simbolismo sexista de la publicidad y el mercado de la pornografía. Las primeras propuestas de Hayden fueron

eliminar tales rasgos sexistas y reemplazarlos por equipamientos para el cuidado de los niños, casas seguras y mejor transporte público, a fin de garantizar una sociedad más equitativa. Más recientemente, su obra se ha centrado en cuestiones de raza y género, y en la relación entre arte, arquitectura y espacio público.

La obra de Matrix, una cooperativa de arquitectas feministas con base en Londres, fundada a principios de los años 80, también se relacionaba con el diseño de espacios para mujeres usuarias. Matrix criticaba la organización de la industria de la construcción y de la profesión de arquitecto, y estaba comprometida en el trabajo educativo y en la promoción de modelos de roles alternativos en la práctica arquitectónica. La oficina funcionaba según un sistema por el que a cada trabajador, independientemente de su experiencia y del tipo de trabajo que desarrollara, se le pagaba el mismo salario. La cooperativa abogaba por un proceso de diseño en el que los usuarios estaban implicados en el diseño desde el principio y los arquitectos, en vez de imponer sus diseños, actuaban como habilitadores que ayudaban a que los futuros ocupantes hicieran realidad sus propias necesidades y deseos espaciales.

Este tipo de enfoque plantea cuestiones importantes para el profesional y el crítico, cuestiones que tienen que ver con el papel del arquitecto y la definición de la arquitectura. En este tipo de obra se tiende a utilizar el término menos discriminador y jerárquico de «entorno construido» en lugar de arquitectura, y a definir el papel del arquitecto como posibilitador más que como genio, una figura que facilita y permite participar a clientes y usuarios en el fomento de sus propios espacios. Las feministas han sugerido que es precisamente en la esfera del proceso de diseño donde se podría expresar la diferencia femenina. Por ejemplo, la obra reciente del grupo *muf*, en el que se integran arte y arquitectura, da prioridad al proceso. El caso de *muf* es interesante. Aunque no se autodefinen como feministas, los media del campo de la arquitectura las han defendido como tales, del mismo modo en que Matrix fue presentada como defensora de los valores de todas las feministas en la arquitectura de los años 80. Por una parte, si se considera a *muf* como feministas, entonces no hay duda de que se trata de un tipo de feminismo más irónico y postmoderno que el representado por Matrix, que asumía abiertamente trabajar para las mujeres en una cooperativa feminista. Por otra, me parece bastante peligroso proponer que sólo una práctica femenina representa los valores de todas las mujeres que diseñan edificios en un momento determinado.

Evidentemente, si queremos analizar la importancia del proceso, entonces ¿en qué momento se convierte el proceso en producto y dónde está exactamente la "arquitectura"? Un proyecto reciente de Elizabeth Diller aborda el tema de frente. La "arquitectura" consiste en una serie de camisas planchadas hasta convertirlas en formas perfectamente inútiles

que actúan siguiendo una compleja coreografía. Entendida como una parodia de la precisión de las técnicas del trabajo doméstico, su obra funciona como práctica arquitectónica crítica que plantea una serie de cuestiones acerca de la forma, la función y el género. Aquí la arquitectura utiliza como fuente de inspiración otras artes espaciales. Los arquitectos pueden aprender tácticas y estrategias posibles si reparan en el trabajo de las feministas en el campo de la danza, el cine, el arte y la literatura, así como de las artistas que operan en los espacios públicos de la ciudad, por ejemplo Niki de Saint Phalle, Maya Lin y Suzanne Lacy. Al poner en duda cuestiones de lenguaje, representación, el cuerpo, la estética y el proceso, la arquitectura va siempre rezagada respecto a las demás artes, más aún en la práctica feminista. Me parece que hay conexiones importantes esperando su turno para que alguien las establezca.

Este texto se publicó con el título "Women in Architecture" en la revista *Make, the magazine of Women's Art*, nº 89 Londres, Septiembre-
Noviembre 2000.